

El presente del pasado

BOLETÍN DEL OBSERVATORIO DE HISTORIA, A.C.

elpresentedelpasado.wordpress.com

NÚMERO 9, 19 de noviembre, 2012

Apetitos prehistóricos

Rafael Guevara Fefer

La nostalgia se presentó en casa por el día de muertos. Vino acompañada de la pulsión de ir a Chapultepec a buscar en el Museo Nacional de Antropología, algunas ofrendas. En la entrada del museo, justo en el patio central, había un artilugio museográfico que nos introducía a una atmósfera que recreaba cómo se vive el día que los muertos vienen y lo importante que resulta para la vida de alguna comunidad que habita en algún bosque tropical perenifolio de Tabasco.

Salir del museo no fue fácil, pues su magnetismo es tan poderoso que los pasos nos encaminaron al lado contrario de la salida. Y después de unos minutos de ver sin mirar una exposición temporal, encontré un personaje sobresaliente dentro de una supuesta novedosa narrativa museográfica: el mamut sitiado por nuestros ancestros. Éste es un viejo conocido para miles y miles de escolapios que por obligación o por paseo han recorrido la primera

sala de nuestro emblemático museo.

Ver, mirar, contemplar y observar una vistosa, plástica y dramática recreación de nuestros tatata...rabuelitos usando la tecnología para dominar a la naturaleza y conseguir carne: emociona al punto de recordar aquel comercial que cantaba “para ese apetito feroz: ma-mut, ma-mut, ma-mut”. Parafraseando a Borges, qué historia está detrás de la historia que cuenta la escena de ese gran mamífero extinto. Una o más bien varias. Por ejemplo, la que llevó a renovar la sala en la que se encuentra, la cual inicia con un breve vídeo que sirve de introducción a la antropología. Éste dejaba ver a Charles Darwin como un hombre que arrancó a los dioses el monopolio de las explicaciones sobre la vida y se convirtió en el demiurgo de la explicación que monopoliza las preguntas y las respuestas sobre la vida, incluida la humana, y su trayectoria en el planeta.

Otra historia que puede explicar cómo una escena poco frecuente —u ocasional, como dice la cédula grabada en el cristal que protege la escena de marras— en el tiempo profundo de la

prehistoria de nuestro territorio, es la historia de la prehistoria en México. Dicho campo científico contaba con pocas fuentes, aunque algunas eran tan espectaculares como la megafauna. Así que a falta de pan, tortillas. Dicho de otro modo, ante la falta de rastros humanos físicos y culturales espectaculares para divulgar la investigación prehistórica, mamutes.

Pero detrás de la espectacular carcería del mamut y de las maquetas que completan aquella teatralidad arcaica, también está el presente con sus diversas ideologías, prejuicios, filias, fobias y urgencias. Hay en la evocación del lejano, lejanísimo mundo en que nuestra especie convivía con la extinta megafauna, machismo y una poderosa fe en la tecnología, representada por esa lanzas con filosas puntas de piedra. Asimismo se expresa nuestra sempiterna voluntad por el consumo de carne, que hoy nos tiene como unos devoradores planetarios. 🍖

Los brazos de la hidra

Huitzilihuitl Pallares Gutiérrez

En agosto pasado, algunos diarios dieron a conocer a través de sus páginas electrónicas —por ejemplo *Milenio* en la ciudad de México, *Zócalo* en Saltillo y *Cambio de Michoacán* en Morelia— la decisión del gobierno de California de aprobar la inclusión del tema de los trabajadores “braceros” en los programas de estudio de secundaria. La denominada ley SB 993 pretende que los estudiantes de los grados 7 al 12 de las escuelas públicas californianas conozcan la importancia de tuvo el trabajo desempeñado por miles de mexicanos en la economía estadounidense tras la falta de mano de obra a consecuencia de la segunda guerra mundial.

En efecto, entre 1942 y 1964 alrededor de 1.5 millones de mexicanos fueron empleados en el país vecino del norte tras un acuerdo bilateral entre los gobiernos en cuestión. Se calcula que fueron firmados poco más de 4.5 millones de contratos para desempeñarse como jornalero agrícola o trabajador del ferrocarril en Estados Unidos.

Con la inclusión del tema de los braceros en los programas de estudio, el estado de California recupera una historia ignorada en los libros de texto, y así reconoce la importancia de los millones de mexicanos en la historia de su localidad, pero también, y en general, en la historia de Estados Unidos. Es digno de llamar la atención el hecho de que tuvieron que pasar 48 años para lograrlo (en gran medida por las disputas legales para recuperar un fondo de retiro jamás pagado a los trabajadores). El estado al fin de cuentas posee las herramientas necesarias para difundir la explicación de la historia que más le sea de utilidad para sus intereses.

Esto nos lleva al problema del papel de los historiadores ante la creación y difusión de la explicación de la historia por parte del estado. En este sentido, es necesario que los historiadores recuperen —como dirían Pe-

ter Linebaugh y Marcus Rediker en *The Many-Headed Hydra* (en español, *La hidra de la revolución*)— “historias que han sido generalmente negadas, ignoradas, o simplemente no se han visto, pero que sin embargo, han configurado en profundidad la historia del mundo en el que todos nosotros vivimos y morimos”. Además, así podrá estrecharse el distanciamiento que existe entre el saber histórico académico y el que el resto de la sociedad conserva. 🍷

De carne y huesos

Carlos Betancourt Cid

Uno de los eventos que más polémica causó durante los festejos históricos de 2010 fue el paseo y exhibición que se hizo de los restos mortuorios de los protagonistas de la guerra independentista, que se resguardan en el monumento conocido como el Ángel en la ciudad de México. Opiniones encontradas que, por un lado, calificaron el hecho como un acto necrológico innecesario o, por otro, como una exaltación merecida a los “héroes” que nos dieron patria, ocuparon el cuadrilátero del debate. Ambos extremos se postularon irconciliables y vaciaron de contenido lo que hubiera sido una oportunidad de oro para reflexionar sobre el significado de los protagonistas del pasado y sus acciones.

Sin embargo, el propio episodio contuvo una significación particular, que abarcó diversos derroteros, ampliando las opiniones y demostrando que a los mexicanos nos interesa sobremanera la historia y que no podemos vivir alejados de ella. Fui testigo del paso solemne que se ejecutó bajo supervisión militar en la principal avenida mexicana y del entusiasmo que conjugó en un amplio sector de la población, que rindió homenaje a los restos mortales, lanzando claveles y vivas a su paso. La emotividad, parte

esencial del espíritu de conmemoración, hizo acto de presencia ese día.

Al mismo tiempo, se dieron a conocer las declaraciones de la propia comisión encargada de las festividades, mediante las cuales anunciaban que se aprovecharía la oportunidad de extraer de sus lugares de descanso tales osamentas, para verificar su identidad. Muchos fuimos escépticos ante dicha propuesta, pues para lograr tal cometido era necesario emprender una investigación muy amplia, que lograra delimitar fehacientemente la descendencia de aquellos hombres y localizar a sus parientes actuales, si existieran, y así practicar los estudios correspondientes. No fue posible completar esta tarea, pues el tiempo para ejecutarla era insuficiente. Esta primera acción no lograda generó una acérrima crítica contra los organizadores. Lo cierto es que demostró la escasa planeación que tuvieron esos festejos, lo que contrasta con la que el gobierno de Porfirio Díaz desplegó cien años atrás.

Pero la polémica no quedó ahí. Varios comentaristas profundizaron sus censuras ante la falta de información sobre lo que se estaba haciendo con esos huesos. Mi primera reflexión fue que, en lugar de haber prometido acciones que difícilmente se cumplirían, se debía aprovechar la extracción de los restos para trabajar sobre su consolidación y mantenerlos en buen estado, por lo menos otros cien años. Y en efecto, este arduo trabajo se llevó a cabo por especialistas del INAH, pero no se difundió lo suficiente en su momento y pasó inadvertido para la mayoría de la gente.

Una vez restaurados, los huesos fueron exhibidos en la magna muestra montada en el Palacio Nacional y las reacciones resultaron igual de diversas. Desde el asco producido en algunos por contemplar esos residuos humanos hasta la veneración de otros a manera de reliquias, con un sentido religioso, de los remanentes de aquellos hombres del pasado, se dieron cuenta

en la lujosa sala donde el público podía apreciarlos. A mí en lo particular no me provocó ninguno de esos dos sentimientos. Ante ellos percibí con energía inusitada su verdadera naturaleza humana y comparé la dureza de sus cráneos con la que tiene el mío, lo que me provocó una afinidad con esos esqueletos, que hizo a un lado la devoción mística y los situó a mi altura y la de todos los que pertenecemos a la humanidad, que estamos hechos, a fin de cuentas, no más que de carne... y huesos. 🍷

Cuentas de vidrio

Pedro Salmerón Sanginés

Las facultades de Filosofía y Letras y de Economía de la UNAM acaban de rendir un homenaje al historiador británico Alan Knight, cuyo libro está en casi todas las bibliografías de los cursos de revolución mexicana a lo largo y ancho de la república, cuyas ideas sobre la revolución están en la base de muchos de las investigaciones más recientes.

Al acto en la Facultad de Filosofía y Letras obligaron a asistir a los estudiantes del posgrado en historia y de varios cursos de licenciatura. Me preocupa, porque elogiar así a Alan Knight muestra una debilidad en la formación crítica de los historiadores mexicanos: parece que se nos olvida la crítica de fuentes, el análisis historiográfico, el contraste de las ideas de un autor sugestivo y novedoso.

En efecto, ¿cuál es el sustento de las atractivas ideas de Alan Knight?, ¿cómo procede? Según él, procuró “escribir una historia de la etapa armada de la revolución, la cual, aunque no pueda decirse definitiva (pocas lo son), es por lo menos amplia, nacional, original, y tal vez lo más aproximado a una historia definitiva y unitaria” (*La revolución mexicana*, vol. I, p. 13). El libro presenta una visión “contrarrevisionista” llena de ideas

novedosas; por ejemplo, el análisis de la lucha de facciones con base en sus similitudes con la física atómica, para la cual, a fin de cuentas, carrancistas y villistas serían casi lo mismo, salvo en su núcleo (vol. II, pp. 824-825).

Las diferencias entre los núcleos explican, según Knight, tanto el muy distinto reclutamiento de las partículas orbitales como la derrota del villismo: la carencia de visión nacional y el localismo de los villistas, su carácter “serrano” y “ranchero”, la escasa solidez de su coalición (“El villismo se construyó para impresionar, no para durar”, convirtiéndose en “una coalición vasta y amorfa”), tuvieron un resultado militar evidente. “Fuera del norte-centro de México, las operaciones militares villistas no eran tan exitosas [...]. Excepto Felipe Ángeles, soldado de carrera, el resto de los oficiales villistas se desempeñaban con torpeza fuera de su territorio.” Las derrotas villistas, “no eran solamente fracasos militares: eran también fracasos de voluntad política” (vol. II, p. 829).

Esta atractiva explicación tiene numerosos problemas. Knight pretende fundamentar sus afirmaciones en un estudio exhaustivo, pero al presentar los orígenes y trayectoria de los dirigentes villistas, comete más de veinte errores, a pesar de que insiste en la importancia del estudio a ras de tierra y la revisión detallada de lo que hay de peculiar en cada caso. Más de veinte errores a la hora de consignar en dos o tres páginas orígenes y antecedentes desvirtúa considerablemente generalizaciones tan tajantes sobre “núcleo” y “periferias”.

Pero quizá más importante que esos errores sea el hecho de que a la hora de presentar al núcleo villista, Knight elude mencionar las historias de vida de aquellos personajes con clara trayectoria de liderazgo agrario (como Calixto Contreras, Toribio Ortega o Porfirio Talamantes), que pudieran matizar sus tesis sobre el za-

patismo “agrario” y el villismo “serrano”.

La ligereza de Knight en el uso de las fuentes queda manifestada al presentar el terror villista en la capital: “La violación, el tiroteo y el asesinato distinguieron su ocupación de la ciudad de México. [...] En esas semanas, 200 fueron asesinados en la ciudad de México.” Puede ser que el terror villista sea cierto, pero no puede sustentarse en autores que nunca entendieron el villismo ni lo estudiaron en sus fuentes, como Charles Cumberland, Robert Quirk y John Womack, o en informantes de la época o posteriores francamente hostiles al villismo, como Cánova y Vasconcelos. No hay aquí, como no lo hay al contar la campaña militar, ni un asomo de equilibrio en el manejo de las fuentes.

Así, Knight explica la lucha de facciones con base en fuentes de uno solo de los contendientes, los carrancistas. Lo reduce todo a las batallas de Celaya (“famosa por sus fresas”, dice), donde también lo reduce todo a las cargas de la caballería villista. No dice nada de Zapata, nada de los otros frentes, nada de los vaivenes de la guerra. Para contar este tramo de la historia se basa en Obregón, Barragán y Grajales, con algunas referencias a documentos de Hugh L. Scott y George C. Carothers, textos del *Mexican Herald*, y versiones e interpretaciones de historiadores posteriores, todos antivillistas (Cumberland, Quirk o Alfonso Taracena, por ejemplo).

La única fuente villista citada son las *Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán, que terminan antes de la batalla de Aguascalientes y, una vez en 45 referencias, Alberto Calzadiaz. Ninguna fuente villista ni de los archivos militares mexicanos, nulo contraste de fuentes para relatar las batallas que “decidieron la suerte de la revolución”. (Para más, véase *aquí* mi artículo sobre la guerra civil de 1915.)

Y así en todos los casos, así en todas sus novedosas ideas. ¿Por qué se-

guimos comprando cuentas de vidrio?
¿Porque son brillantes y novedosas?
¿Porque vienen de Oxford? 🍷

La historia como campo de batalla de la política

Bernardo Ibarrola

Los gobiernos de algunos países, como los últimos que ha tenido México, desdénan el pasado y se desentienden de los discursos públicos que se elaboran apelando a éste. Otros, como los de Francia, los utilizan a fondo.

En Francia hay, en realidad, dos conmemoraciones nacionales: el 14 de julio, para recordar el inicio de la revolución en 1789, y el 11 de noviembre, día que aprovecha la efeméride del armisticio que puso fin a la primera guerra mundial para conmemorar al millón y medio de soldados franceses caídos durante el conflicto. Mientras que la conmemoración de la revolución es colorida, festiva y exultante, la del armisticio es gris, solemne y triste. Una ocurre en el apogeo del verano; la otra, anuncia el invierno. Fuegos artificiales, para una; guardias de honor en los cementerios, para la otra.

El año pasado, el presidente Nicolas Sarkozy introdujo una novedad en la conmemoración del 11 de noviembre: además de rendir tributo a los “soldados de la gran guerra que tanto sufrieron” y para quienes “la llama del recuerdo no se extinguirá”, como habían hecho —palabras más, palabras menos— todos sus antecesores, Sarkozy explicó que “en esta jornada a la que la peor de las guerras dio una significación tan profunda, es a todos los ‘muertos por Francia’, sus hermanos de sacrificio, que la nación rendirá a partir de ahora homenaje”. Es decir, a todos los muertos en operaciones exteriores: “los que cayeron en Indochina, en Suez, en África del Norte, pero también en los Balcanes, en el Medio Oriente, en Chad, en Costa de Marfil, en Afganistán...”

Así, Sarkozy pretendió utilizar uno de los “momentos de la memoria” más profundamente arraigados en su país para legitimar el sacrificio de los reclutas que perdieron la vida defendiendo los intereses del imperio colonial francés en el este de Asia y el Magreb, junto con el patriotismo de los soldados de hace casi un siglo y la abnegación de los militares profesionales muertos en las operaciones llamadas de “mantenimiento de paz” a partir del decenio de 1990. Pocos meses antes de concluir su mandato, y ante los pésimos pronósticos sobre su reelección, el presidente consiguió imponer, a través de una ley votada por la mayoría saliente, una de las obsesiones de la derecha francesa: la reivindicación del pasado colonial.

Hace pocos días, el flamante gobierno emanado del Partido Socialista se vio obligado a realizar la primera conmemoración para todos los “muertos por Francia”. El presidente François Hollande cumplió con su obligación, pero no cayó en la trampa que le dejó preparada su antecesor y, echando mano tanto del presente como de la historia, consiguió omitir el pasado colonial de la conmemoración. La fría mañana del domingo pasado, el presidente montó guardia de honor en el monumento al Soldado Desconocido —bajo el Arco del Triunfo— flanqueado por una niña y un niño, hijos de soldados muertos este año en Afganistán, gesto que conduce contundentemente a la actualidad y a la política exterior contemporánea de Francia.

Desde el viernes anterior, el gobierno había anunciado la “rehabilitación” del subteniente Jean-Julien Chapelant, de 23 años, quien, herido

y atado a su camilla, fue fusilado en 1914 por haberse rendido al enemigo en el campo de batalla. La historia del subteniente Chapelant —uno de los cerca de 650 militares franceses ejecutados durante la guerra por desertión, amotinamiento, desobediencia o crímenes del fuero común— era bien conocida desde los años veinte, pero se hizo célebre tras la publicación en 1935 de la novela *Paths of Glory*, de Humphrey Coob, que se inspiraba en ella y que fue adaptada al cine en 1957 por Stanley Kubrick. La película fue exhibida por primera vez en Francia sólo en 1975.

El hecho de que el nombre de Chapelant pueda ponerse entre los “muertos por Francia” fue tan atendido como la propia conmemoración. Rehabilitar a un hombre juzgado y ejecutado por un acto de cobardía hace que el foco de la conmemoración se desplace de la abnegación y el valor de los soldados a la brutalidad y la injusticia inherentes a la guerra, lo que sin duda no estaba en los planes del anterior presidente. Se trata del primer movimiento de la izquierda para modificar el discurso histórico oficial. Pero la verdadera materia de controversia —el pasado colonial— apenas comienza. De esto hablaremos la próxima vez. 🍷

El Muro histórico

Luis Sandoval

El pasado 9 de noviembre se cumplieron 23 años de la caída del Muro de Berlín, lo que para unos significó el triunfo de la “libertad”, y hasta el “fin de la historia”, y para otros representó un descalabro ideológico insuperable.

Hoy en día cada vez menos personas recuerdan el muro que durante 28 años materializó la partición económica política e intelectual del mundo. Se tiende a dar por hecho que su caída implicó la “victoria” de una cosmo-

Esta *newsletter* es una publicación semanal del Observatorio de Historia, A. C., donde se recogen los textos aparecidos en elpresentedelpasado.wordpress.com
Sus editores son Halina Gutiérrez Mariscal y Luis Fernando Granados.
Toda correspondencia debe dirigirse a observatoriodehistoria@gmail.com

visión frente a otra, la demostración empírica de que solamente un sistema de libre mercado que asigne “eficientemente” recursos puede hacer frente a la modernidad.

Sin embargo a 23 años de la caída del muro y a casi 22 años del fin de la Unión Soviética, sigue resultando difícil para la mayoría de los académicos expresar de manera coherente las causas que volvieron “obsoleto” el modelo del “socialismo real”. Quizás en algunas universidades pueda estudiarse todavía la doctrina Zhdanov (que moldeó la manera en que la Unión Soviética interactuó con el mundo) o a Bujarin, Lenin o Marx, pero tienden a olvidarse los acontecimientos, tanto de índole política y económica, que marcaron los últimos años del llamado campo socialista: el fracaso del Consejo de Ayuda Económica Mutua, la perestroika y la glasnost, el golpe de estado contra Gorbachov de agosto de 1991, el izamiento de la bandera rusa sobre el Kremlin el 25 de diciembre de 1991, son nombres, términos y fechas que, a pesar de su relevancia histórica, se ven poco y se estudian aún menos.

Quizás es más sencillo predicar acerca de los defectos intrínsecos de las economías de “mando” o de “planificación central” en vez de estudiarlas a fondo. No obstante, al ver el precario estado de la economía internacional, y del modelo que “ganó” la guerra fría”, es menester encontrar alternativas viables —sobre todo después del fracaso de la “tercera vía”.

Ha pasado ya suficiente tiempo

para preservar la objetividad de un estudio a fondo sobre las causas del derrumbe del campo socialista que logre romper con la visión tradicional y simplista. Es necesaria la caída del “muro” que representa la historia oficial. 🍷

Sesenta y dos días después

*Halina Gutiérrez Mariscal
y Luis Fernando Granados*

E*l Presente del Pasado* comenzó a existir hace apenas dos meses. Se dirá que dos meses son apenas un suspiro, una bagatela, incluso en un tiempo como el presente, que parece transcurrir de manera vertiginosa. Es cierto. Para quienes hacemos esta página, sin embargo, estos dos meses son también una enormidad, sobre todo retrospectivamente: cuando apareció la primera nota, el 18 de septiembre pasado, ni siquiera estábamos segurxs de poder publicar un texto cada día —y obviamente no teníamos manera de saber si nuestro esfuerzo tendría alguna resonancia.

Dos meses más tarde, no podemos más que sentirnos satisfechxs: lo suficientemente satisfechxs como para no olvidar lo modesta e incipiente que es esta publicación. Desde que apareció en el océano internético, *El Presente del Pasado* ha sido “visitado” poco más de 11 mil veces, desde computadoras situadas en 38 países, y ha merecido los comentarios directos de más 120 lectorxs. (Además de México, que naturalmente es nuestro principal es-

pacio de circulación, los países donde hemos alcanzado más lectorxs son Estados Unidos, Francia, España, Canadá y la Argentina.) Si por una parte eso significa que, en promedio, cada una de las notas publicadas ha merecido la respuesta de más de dos lectorxs, eso también indica que el público cotidiano de *El Presente del Pasado* ha sido apenas de poco más de 170 personas en promedio.

Las 62 notas publicadas hasta ahora han sido escritas por 25 historiadorxs, maestrxs, historiadoras del arte, sociólogas y restauradoras que hoy viven en cinco ciudades de México, Francia, España y Estados Unidos, y que trabajan o estudian —o las dos cosas— en la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional de Estudios sobre las Revoluciones de México, el Instituto Tecnológico Autónomo de México, la Universidad Iberoamericana, la Universidad de Granada y la Universidad Georgetown.

Aunque toda esa diversidad nos alegra, también sabemos que no es suficiente: no ignoramos que contar con más autorxs de más instituciones ubicadxs en más ciudades hará de *El Presente del Pasado* una mejor publicación. Por eso reiteramos la invitación a que más lectorxs se sumen a este esfuerzo y nos envíen textos de análisis y reflexión acerca de la vida social del conocimiento histórico en México y en el mundo. 🍷

OM

OBSERVATORIO **D** HISTORIA, A.C.



observatoriodehistoria.wordpress.com